

ARTE, CONFLICTO Y CREATIVIDAD

Eduardo Llanos Bustamante*

*A la vez que la revolución social y económica indispensable,
todos esperamos una revolución de la consciencia que nos permita curar la vida.*

Antonin Artaud

En estos últimos meses todos hemos tenido que dar muestras de creatividad. A fines del verano del 2020 nadie pensaba que la amenaza de un virus nefasto cambiaría nuestras vidas y transformaría nuestra existencia de la forma en que lo ha venido haciendo.

En medio del conflicto y la angustia cada quien comenzó a reinventar su vida. Haciendo gala de resiliencia, eso que a los peruanos no nos falta, hemos ido transformando nuestra cotidianidad.

Los artistas no se han quedado atrás. También andan creando como locos, buscando nuevas formas de contacto con su público. ¿Qué sería de los artistas sin la respuesta de su público? ¿Qué sería del público sin ese espacio de ilusión, sin la emoción que puede provocar lo que crean los artistas?

Así vamos descubriendo nuevas formas de expresión y contacto. Eso nos hace libres de contagio emocional y nos permite la sensación de sobrevivir y de poder apostar por un país viable, visible, hermoso, que "*Siga siendo*" (como la película de Javier Corcuera). Que sea capaz de ofrecernos ganas de seguir adelante y seguir apostando por la vida con la terca fe y esperanza de seguir siendo un país viable. Aunque una antigua canción diga en su letra que la esperanza solo sabe bailar Chachachá.

* Psicólogo Clínico por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Ha sido miembro invitado del grupo de trabajo sobre interculturalidad por la Sociedad Holandesa de Psicoanálisis. Docente de la PUCP, del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima (CPPL) y del Instituto de la SPP. Artista plástico por la Rietveld Academie, Amsterdam.
<eduardo.llanos001@gmail>

Hace poco escuché afirmar a alguien, refiriéndose al arte, que *"en estos momentos no estamos para exquisiteces"*. Cuando, quizás, sea el momento preciso para crear y dar rienda suelta a la imaginación con el objeto de poder comprender, elaborar y metabolizar la crisis en la que estamos inmersos y encontrar, además, placer y sosiego en la creación. Justamente, allí tal vez podamos hallar elementos de manejo de la crisis y las dificultades de la cuarentena y el aislamiento.

En el imaginario popular el arte y la locura han estado siempre ligados, produciendo fascinación e intriga, mitos y prejuicios. Hoy más que nunca. ¿Cuántas veces no hemos escuchado decir que los artistas son extravagantes, bohemios, excéntricos, narcisistas, depresivos y confusos? La creatividad misma provocará siempre extrañeza, curiosidad, pasión y deseo.

Entre la obra artística y el discurso de un demente existe algo que sin duda conecta con lo más profundo de cada ser humano. La relación entre arte y locura existe desde siempre y puede que sea parte de su fascinación. Unos años antes de Cristo, Horacio ya hablaba del desaliño, el pelo largo y la falta de normas de conducta de los poetas, perdonados solo por ser considerados entonces como mensajeros de la divinidad. Según Aristóteles, el temperamento melancólico estaba unido a la productividad en el mundo de las ideas y para Séneca toda obra genial poseía un toque de locura. Los relatos sobre Caravaggio, asiduo de las cárceles de su tiempo, o la leyenda en torno a la oreja de Van Gogh son historias que han servido para alimentar el mito de cierto *"excentricismo y diferencia"*.

Aún en nuestros días, una gran dosis de romanticismo contribuye a fomentar esta imagen arquetípica del artista, excéntrico, antiburgués, inestable y obsesionado por su obra; a tal punto que, en casos extremos, se le considera *"un loco de atar"*.

La creación no es posible sin ese poder de la imaginación, que lleva al artista a inventar mundos alternativos. Tal como un niño, el artista funde y confunde fantasía y realidad, sueños e imágenes que concretará en su obra artística. Sin embargo, el poder creativo es parte de todo ser humano. La diferencia estriba, tal vez, en que hay un grupo de personas que se especializa en ello y a quienes se denomina *"artistas"*, pues ejercen su creatividad de forma profesional.

A lo largo de la historia no han faltado intentos cientificistas que apoyaron la leyenda del artista loco. Lombroso (1864), por ejemplo, ese investigador italiano tristemente conocido por sus mediciones cerebrales criminológicas de corte racista, en *Genio y Locura* (1864), relacionaba la enfermedad mental, en particular la epilepsia, con el poder de la creatividad. Según él, el artista sería alguien *"poco capacitado para la vida, demasiado irritable, sensible y que suele sufrir de disonancia crónica (...y) se le encuentra con frecuencia signos de promiscuidad sexual. Con disposición al narcisismo, la inmadurez y propensión criminal"*. Felizmente, estas teorías se desacreditaron por sí mismas y han caído en desuso por sus implicancias ideológicas tendenciosas.

Otros investigadores, como Prinzhorn (Sanchez, 2006), señalan, más bien, que la creatividad sobrevive a la desintegración de la personalidad que produce la patología. Es decir que *“mientras la pulsión creadora está actuando, la esquizofrenia no se manifiesta”*.

Desde el lado artístico, Jean Dubuffet, creador del concepto de *Art Brut*, postulaba en 1945 que el arte debería estar siempre fuera de lo normal pues debe estar más bien marcado por lo inédito, imprevisto y, sobretodo, extremadamente imaginativo.

Ronald Laing planteaba que la creación es en realidad una respuesta a un mundo insoportable. Su fracaso produciría más bien la caída en la locura. Y no le falta razón: en el psicótico se suele observar una repetición monótona y estereotipada, mientras que en el artista sus obras vienen a ser *“metáforas de su delirio”*. Es decir, no son meras reproducciones estereotipadas de sus delirios sobre un lienzo, sino más bien éstas apuntan a la construcción de alusiones, símbolos y alegorías. El gran deseo del artista es alcanzar las herramientas expresivas que satisfagan profundas necesidades humanas internas. Su gran motor es eso: la pasión. Sin pasión no hay arte, aunque ésta tenga sus riesgos. Tal vez allí, en la pasión, es donde resida ese poder de la creación.

Pero, efectivamente, en la obra artística y el discurso de un demente existe algo que sin duda conecta con lo más profundo de cada ser humano. Existe algo que nos resulta cercano, algo que nos conecta a todos con nuestra propia locura y que siempre despertará enigma, terror, fascinación o deseo.

Los límites puede que nunca lleguen a ser claros, felizmente. Pero aun así hay ciertas diferencias. Para Pichon-Rivière (1987), el proceso creativo en un artista se da de cierta manera controlada y tiene una temporalidad definida. Mientras que en el alienado es algo más automático, repetitivo y estereotipado. La obra del alienado se nutre más que nada del pensamiento mágico. Ahora, no es que el ejercicio del artista carezca de magia, pero no crea de manera delirante ni a partir de la sinrazón sino que conserva una cierta capacidad de dominio y control sobre su creación. Pero, sobre todo, el artista buscará contacto con un público, su obra plantea puentes comunicativos. El alienado, por su parte, vive más bien atrapado en su mundo irreal con pocas posibilidades e interés por comunicarse con un otro.

El creador es aquel que logra transformar lo siniestro —interno— en aquello maravilloso en una obra estética. En la locura, el sujeto más bien queda atrapado en la desintegración de lo siniestro. Es así que para Pichon-Rivière (1987) *“Artaud no es poeta por su demencia, sino todo lo contrario, es poeta pese a su demencia”*.

Pese a todo, siempre quedará la incógnita y tal vez hacer distinciones tan tajantes sea absurdo e intrascendente. Por algo, la sabiduría popular nos dice que *“de músico, poeta y loco todos tenemos un poco”*. Lo que sí es común y fundamental a todos es la relación de la creación con lo inconsciente.

Para Anzieu (1993), el inconsciente del autor es el que da vida y singularidad a una obra. La obra lograda deja la ilusión de que se basta por sí misma. Y el inconsciente del espectador le aportará nueva vida, nueva originalidad. El autor aporta lo suyo y el espectador también la crea a medida que la hace suya en ese diálogo fundamental. La obra quedará como una suerte de objeto intermedio entre ambos, casi como un objeto transicional. En el creador hay un momento semejante a un espejo, que refleja pero, a su vez, va más allá de su entorno y la cultura que lo rodea. Su ubicarse en un momento *divergente* implica un apartarse *extraordinario*, una ruptura con el mundo cotidiano. Una suerte de disociación instrumental similar a la que realiza un psicoanalista en sesión.

Pero ¿por qué alguien se pone a pintar, a componer, a escribir y a buscar un impacto en el espectador? "*Porque no me queda otra*", dirán muchos artistas.

Entre los psicoanalistas, Anzieu (1993), planteará que la creación es la tercera forma de trabajo psíquico intrínseco de manera latente en todo ser humano.

Para Anzieu, Sueño, Duelo y Creación son respuestas a fases de crisis para el aparato psíquico. Toda crisis está marcada por un desconcierto interior, la exacerbación de la patología del individuo, el cuestionamiento de las estructuras adquiridas, internas y externas y una regresión a recursos no utilizados. Esto supone, entonces, que el sujeto buscará un nuevo equilibrio, una superación creadora de la crisis y el conflicto. Si la regresión solo encuentra el vacío, existe el riesgo de la descompensación, del apartamiento de la vida, el refugio en la enfermedad e incluso de aceptación de la muerte, psíquica o física.

El trabajo psíquico en la creación es paralelo al trabajo del sueño en tanto supone:

- la representación de un conflicto en un *escenario diferente*,
- la dramatización (como puesta en imágenes de lo inconsciente reprimido),
- y el desplazamiento, la condensación y la figuración simbólica.

En el trabajo de duelo es más patente aún la existencia de una crisis interior que necesita elaborarse.

En las crisis creadoras, la inspiración puede surgir de manera repentina, como una ensoñación diurna. La angustia, el sufrimiento, el terror, el vacío interior pueden ser tales que la creación aparezca como la única opción de salida. Como en el sueño y el duelo, la creación lucha con la falta, la pérdida, el exilio, el dolor. El sujeto se identifica con el objeto amado y perdido al que trata a su vez de revivir; activa los sectores adormecidos de la libido, sin dejar de existir también latente la pulsión de autodestrucción.

Toda crisis exige la instauración de un marco nuevo que permita el restablecimiento. Es decir, una superación creativa del conflicto: "*la creación es la*

alternativa de la vida a los componentes letales de la crisis”. Similar a los descubrimientos del niño que combina constantemente crisis y superación creadora: se inventa y da vida en la manipulación de objetos y de palabras. La noción de objeto transicional, planteada por Donald Winnicott (1971), puesto a disposición por el entorno que es a la vez re-creado por el niño, nos ayuda a entender bastante estas cosas. En el juego hay una recreación en un espacio transicional que es condición necesaria para recuperar la confianza en la propia continuidad, en la capacidad de establecer nexos entre sí mismo, el mundo, los otros y en la propia capacidad de simbolizar, de pensar, de jugar y de crear. Se trata entonces de establecer una solución creadora de las crisis, permitiendo el restablecimiento, la relibidinización y reapropiación de los objetos.

Ser creador, volviendo a Anzieu, supone dejarse trabajar en el pensamiento consciente, preconsciente, inconsciente, y en el propio cuerpo. En la creación de una obra de arte habría algo del trabajo de parto, de expulsión, de defecación, de vómito, de similitud con el amor y la tortura en esa suerte de lucha cuerpo a cuerpo con el material que ha elegido. La creación, dirá Anzieu, arranca y surge de sufrimientos y confesiones. Pero también, diríamos nosotros, arrancará muchas emociones, enormes satisfacciones y placer, pues no es casual que se nutra de ese mecanismo de defensa exitoso por excelencia: la sublimación.

Anzieu hablará también de cinco fases del trabajo creador, cada una con su propia dinámica, economía y resistencias específicas. En primer lugar, habrá un sobrecogimiento creador fruto de una crisis interna, una disociación y un momento regresivo del Yo. Se trata de un momento psicótico no patológico, donde se produce una regresión o disociación parcial y temporal pero sin pérdida plena de las funciones del Yo consciente que permanece activo y asegura el mantenimiento de la atención y de la percepción. En segundo lugar, la parte del Yo que ha permanecido consciente toma conciencia de ese estado, de ese material inconsciente, reprimido, nunca antes movilizado o registrado. En tercer término, se buscará un código: una labor preconsciente para asimilar y relacionar de nueva forma los datos de la realidad exterior e interior y encontrar un lenguaje que permita generar una nueva obra original. El cuarto momento será ya darle forma a la obra en sí: habiendo encontrado el material concreto, el marco espacial y temporal para proceder, en una suerte de lucha cuerpo a cuerpo con el material, para producir su transformación. Y, finalmente, el creador, luego de superar sus últimas inhibiciones y sentimientos de vergüenza o culpabilidad, pasará a presentarla al público.

Allí ya la obra de arte producirá efectos sobre el espectador: estimulará fantasías conscientes e inconscientes, desencadenará sueños diurnos y nocturnos, promoverá la ilusión, despertará pasiones. El placer del espectador será la respuesta a ese afecto del artista que ha mantenido una relación amorosa con lo

que ha creado. Es así como el círculo se cierra sobre sí mismo. Gracias al arte, el conflicto y la creatividad.

Aun así, terminando estas notas me preguntaba, ¿cuánto de nuestro quehacer cotidiano como psicoanalistas tiene relación con estas reflexiones sobre el arte, el conflicto y la creatividad?

En cada sesión el paciente nos va contando una historia, un relato con sus misterios a revelar. ¿Podría pensarse que el contenido de cada sesión es como una obra de arte que inspira en el observador (analista) asociaciones y fantasías que esconden verdades narrativas a ser develadas? ¿Podríamos decir que una obra de arte, sin saberlo, provoca en el espectador algo similar a lo que el relato de un paciente en la sesión provoca en el analista?

Tal vez cada obra artística sea como un sueño, con mensajes y enigmas a develar. Una invitación a eso que es el pan nuestro de cada día para artistas y psicoanalistas. Quizás cada obra muestre de manera sublimada algo de la propia historia de cada autor que busca interpelar al espectador, a hurgar en sí mismo. Como cada paciente, a fin de cuentas, nos interpela también a nosotros mismos como analistas, pero también como seres humanos.

Me pregunto si en cada sesión, en atención libre y flotante, en búsqueda de una interpretación de un conflicto, nos hallamos junto al paciente en momentos semejantes a los de la inspiración y creación artística, como proponía Anzieu. Quizás ahí radique esa ligazón fundamental entre arte, conflicto y creatividad, y nuestra labor de psicoanalistas. Siempre planteando hipótesis como intentos de dar respuesta a un conflicto que nos aqueja en pos de una solución creativa.

Ad portas del Bicentenario, en medio de una pandemia y crisis política, ¿cómo no hablar del arte y el psicoanálisis que comparten su inspiración en los sucesos del pasado para dar cuenta del presente y proyectarse hacia el futuro?

El arte y el psicoanálisis insisten fundamentalmente en la comprensión y la permanencia de lo esencial del individuo y de una nación.

Referencias bibliográficas

- Anzieu, D. (1993). *El cuerpo de la obra*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Corcuera, J. (Director). (2013). *Sigo siendo* (Película). Lamula.pe
- Dil, L., Hendriksen, M., Kampen, D. van der Valk, V. (2012). *Spel en creativiteit in psychoanalytische psychotherapie*. Gorcum b.v.: Koninklijke Van.
- Lombroso, C. (1864). *Genio e follia*. Milano: Giuseppe Chiusi.
- Pichon-Rivière, E. (1987). *El proceso creador*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Sanchez, I. (2006). La colección Prinzhorn: una relación falaz entre el arte y la locura. En *Arte, Individuo y sociedad*, vol. 18.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1982.

Resumen

Desde tiempos inmemoriales la relación entre arte, genio y locura ha provocado fascinación. Extravagantes, bohemios, excéntricos, narcisistas, ... Cuántas veces no hemos escuchado estos y tantos mitos sobre el arte y sus cultores. La enfermedad mental y sus vínculos con el arte han suscitado desde siempre gran interés, pero al mismo tiempo cercanía, pues en la obra artística o el discurso de un demente existe algo que sin duda conecta con lo más profundo de cada ser humano. Tal como afirma el dicho popular *"de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco"*. En el presente trabajo, de la mano de autores como Anzieu y Pichón Riviere, trataremos de plantear algunas hipótesis sobre la creación, el cierto grado de arte y locura que habita en todos nosotros. Así como los posibles vínculos que podría tener con nuestro quehacer psicoanalítico.

Palabras claves: arte, proceso creativo, psicoanálisis

Abstract

Since ancient time the relationship between art, genius and madness has caused fascination. Extravagant, bohemian, eccentric, narcissistic, ... How many times have we not heard these and so many myths about art and its cultists. Mental illness and its links with art have always aroused great interest but at the same time closeness, because in the artistic work or the speech of an insane person there is something that undoubtedly connects with the deepest part of each human being. As the popular saying says "of a musician, poet and madman, we all have a little." In this work, by the hand of authors such as Anzieu and Pichón Riviere, we will try to propose some hypotheses about creation, and the certain degree of art and madness that inhabits all of us. As well as the possible links that it could have with our psychoanalytic work.

Keywords: art, creative process, psychoanalysis